Desdeñando á su linda esposa...

Ofrecerá siempre á mis ojos «un cuadro doloroso.»

Y su memoria me perseguirá por más largo tiempo, que la de los mil y un infortunios, con que me dán en rostro algunos «ingratos franceses.»

Viendo á cada paso á la bellísima Hortensia;

Admirando continuamente sus gracias...

Era muy superior á mis fuerzas, el no darle á entender que no me contentaba con ser simplemente su padre político.

Sino que aspiraba al título de amante suyo.

Un beso que estampé en sus labios le dió un rayo de luz sobre mis intenciones.

Y tan «funesto» acontecimiento, la puso en un embarazo difícil de describir.

Muda y confusa;

No atreviéndose á evitarme por respeto;

Recurrió al auxilio del llanto...

En aquel momento entró Josefina.

Vióme de pié;

Con los ojos encendidos...

Echando fuego por el rostro. .

Recorriendo el aposento en todas direcciones...

Y á Hortentia llorando...

Josefina vió todo esto..

Y adivinó su causa.

¡Que cuadro!

Padre, esposa é hija, no se atrevian á hablar, temiéndose uno á otro.

Fuí al dormitorio de la emperatriz.

Y me eché sobre una otomana.

La conmovida Hortensia se retiró á su habitacion.

Josefina vino á buscarme.

Yo ardia de piés á cabeza.

Sentíame próximo á desmayarme...!

Mi esposa se colgó de mi cuello.

Y estampó un beso en mi frente.

Una lágrima, que no pudo detener por más tiempo, cayó sobre mi megilla.

¡Abrasaba aquella lágrima!

Miré á Josefina.

¡Me pareció divina en medio de su dolor!!

La estreché contra mi corazon...

La abrasé con mis besos...

Josefina abrió sus ojos...

Y me encontró sumido todavia en la embriaguez de la dicha.

—Mueres de placer en mis brazos, me dijo...

—¡Sí, Josefina mia!

—Ay, pero temo...

—¿Qué?

— Que tu imaginacion no te pinte otro objeto.

—¡Oh no!

—¿Verdad que no, esposo mio?

—Te repito...

—Entonces moriria...

—¡Ah!

—¡Y tú no debes querer que yo muera!

—¿Cómo puedes creer?

—¡Te amo!

—¡Ah, Josefina!

—¿Soy bella aun?

—Sí por cierto.

—Pues bien, me multiplicaré, viviré quince y veinte y treinta años, para tí, para tí solamente esposo mio!

—¡Agradezco ese amor que tan bien me pintas!

—Prueba de él es este beso...

(Y me besó)

—¡Es el beso de amor, amigo mio que imprimo en tu boca!

—¡Amor, amor, amor!

—¡Nunca saborearás otro mas suave!

—¡Oh...!

—¡Bonaparte, Bonaparte mio!

—¿Qué?

—¡Conténtate con tu esposa!

Así me manifestaba sin decírmelo claramente la tierna Josefina que habia leido el secreto de mi corazon;

Que habia penetrado mi amor por su hija.

Finjí no entender lo que pretendia manifestarme.

Afectábame realmente el no poder recompensar tanto amor.

Sin embargo;

El veneno del deseo circulaba por mi corazon.

Amaba, adoraba á Hortensia.

Ningun poder humano podia robarla á mis caricias.

Ella no hacia mas que sospechar mi amor.

Quise convencerla de él á todo trance.

Josefina lo adivinó, porque me conocia perfectamente.

Asi es que tomó el partido, único que cabia en aquella situacion.

Alejar á Hortensia.

Los médicos, prevenidos por mi esposa, declararon que su hija debia tomar los baños de Spa, al punto que principiase á convalecer de una ligerísima enfermedad que habia sufrido.

No ignoré largo tiempo que esta decision de la facultad, habia sido mendigada por Josefina.

En su consecuencia, formé tambien mis planes.

Y el medio que debia salvar de mis lazos á Hortensia, no tardó en ser un camino infalible para ponerla en mis brazos.

Poco me importaba el modo de conseguir á mi hermosísima hija política, con tal de que no lográra escaparse de mis caricias.

Savary, uno de mis ayudantes, recibió la órden de hacer partir al instante, un arquitecto á Spa, con el encargo de practicar una puerta secreta, no solo en el gabinete donde habia de tomar los baños Hortensia, sino tambien en su dormitorio.

Mis órdenes fueron ejecutadas.

Y con una exactitud que escedió á mis deseos.

En la espesura de las paredes y del artesonado, construyó pasillos artísticamente cerrados con cristales.

Ansiaba, pues yo, con tanto anhelo como Josefina que llegase la hora de la partida de su hija encantadora.

Al fin, declararon los médicos que ya podia emprender su viaje.

Mi esposa guardó conmigo una atencion.

La de pedirme su beneplácito.

Yo se lo dí con indiferencia.

Para no dar pié á sospechar la trama que tenia urdida.

Con objeto de engañar mejor á mi esposa, ordené que preparasen al momento mi equipaje.

Y supuse que iba á visitar los departamentos del Ródano y de Isere.

Cuatro dias hacia que Hortensia habia partido, cuando abandoné la capital.

Marat, Savary, Duroc y Canlincourt, me acompañaban, sin saber una palabra de mi proyecto.

Cuando hube llegado á Fontainebleau, ordené que mi comitiva siguiera el camino de Dijon, mientras que yo y Savary, vestidos de simples ayudantes de campo, corrimos á galope, y en derechura á Spa, donde llegamos al dia siguiente, á media noche.

¡Linda Hortensia!

¡Ignorabas que tan cerca de tí, se hallaba el hombre á quien tu juventud y tus preocupaciones desterraban de tu corazon!

¡Y tú, buena Josefina!

¡Creias que tu esposo corria el camino de la segunda capital de Francia, ocupándose en averiguar las necesidades y el estado de sus vasallos!

¡Mientras que el ingrato volaba á sorprender, y estrechar entre sus brazos á la seductora niña á quien diste tú la vida!

Un aposento vecino al que habitaba la amable Hortensia me aguardaba en secreto aquella noche.

Pero sentíame fatigado.

Así es, que dejé para el siguiente dia la satisfaccion de unos deseos, que, en verdad me avasallaban.

Nunca esperimenté impaciencia igual;

Nunca sentí parecido anhelo al que me agitó, desde que asomó el alba, hasta que mi hermosa niña, se dirigió á su acostumbrado baño.

Poco faltó para que la sorprendiera en su retrete.

Pero, por fin, un criado, el único que conocia el secreto del pasillo, me previno que Hortensia iba á entrar en el baño.

¡Dulce nueva!

Me deslicé por el pasillo.

Apliqué el dedo á un resorte.

Y se abrió suavemente un espejo en la pared.

Paseé entonces mi vista, con un estraordinario placer por el camarin entero, donde se hallaba el baño.

Y ví á su lado una cama de descanso

Y un trípode lleno de flores que encerraba esquisitos perfumes y delicadas esencias.

Los espejos que decoraban aquel delicioso gabinete, parecian destinados á reflejar á la linda náyade que aun no habia hollado la mansion del deleite.

El cúmulo de felicidad que me prometia de su posesion, me permitia apenas respirar.

Todo yo era deseos.

Por fin...

Percibí un ligero ruido en la cerradura de la puerta.

Un delicioso temblor agitó mis miembros...

Abrióse la puerta...

Y apareció Hortensia seguida de dos camareras.

Aromáticas esencias perfumaron el agua del baño.

Hortensia comenzó á despojarse de sus vestidos...

Ya medio desnuda hizo señal á sus doncellas para que se retiráran.

Su rubor temia hasta las miradas de su sexo.

La hermosísima jóven se despojó hasta de su último velo.

HISTORIA DE LA PROSTITUCION.

Hortensia en el baño.

Y aparecieron confundidos en aquel cuadro, el amor, el deleite, los deseos, la felicidad, la embriaguez y los transportes.

¡Hortensia! ¡Hortensia!

¡Ay!

¡Así estregada á mis miradas!

¡A mi ávida curiosidad!

¡Era una divinidad que no podrá copiar nunca el pincel de un simple mortal, por artista que sea!

¡El deleite no ha tenido todavía un pintor digno de él!

¡Hortensia, creyéndose en una perfecta seguridad, se introdujo libremente en su baño!

Y entonces, verdaderamente, fué cuando me dejó admirar todas las proporciones de un hermoso cuerpo.

Fijaba yo mis ojos hasta en sus uñas sonrosadas.

Nada se escapaba á mis miradas.

¡Y los espejos multiplicaban las gracias, que analizaban mis deseos!

¡Me ví obligado á separarme un momento de mi escondite, porque me sentia próximo á desfallecer!

¡Tal era la impresion que Hortensia habia causado en todos mis sentidos, enardecidos hacia ya mucho tiempo por su hermosura!

El aire y la frescura, calmaron por un momento la efervescencia de mi abrasada sangre.

Entonces no tenia ningun proyecto determinado.

Inclinábame á esperar la noche, para introducirme en el lecho de Hortensia, y sorprenderla en medio de su sueño.

Meditando me hallaba los detalles de este designio...

¡Cuando el demonio de la lujuria se apoderó de mí!

Asaltó mi imaginacion la idea del placer que todavía podia esperimentar, viendo salir del agua á la donosa náyade.

Iba, arrastrado por mis deseos, á ocupar mi primitivo lugar en el escondite, cuando fijo mis ojos, y...

¡Oh, cuadro superior á las fuerzas humanas!

Hortensia, en pié;

Frente por frente del sitio que yo ocupaba;

Enteramente desnuda;

Con un pié sobre el pavimento, y otro apoyado en un taburete, se ocupaba en asearse las uñas.

Hay que figurarse á una hermosa jóven en semejante posicion, para comprender que no fué posible contener el torrente de mis deseos.

Me acaloré.

No raciociné más.

Belleza;

Candor;

Inocencia;

Leyes humanas y divinas;

¡Todo!

¡Todo lo olvidé al momento!

Toqué el resorte de la pared, que se abrió al golpe.

Salté al gabinete;

Tomé á Hortensia en mis brazos...

La llevé á la cama de descanso que allí habia...

¡Y la llené de besos!!

Parecia ya ella recibir mis caricias como amante, cuando de repente, recobrando el aliento y el vigor, se escapó de mis brazos.

Cayó á mis piés, agarrándose á mi vestido...

¡Habia perdido el uso de la palabra!

¡Solamente sus miradas imploraban piedad!

¡Desventurada!

Ví su rodilla ligeramente herida.

Este espectáculo me sacó de mis casillas y mis fuerzas se triplicaron.

Levanté la víctima...

La tendí en su lecho...

Mi victoria era completa.

Pero ¡ay! la víctima me inspiraba una dulce piedad, porque yacia sin movimiento, y enteramente abandonada á sí misma.

Percibióse un ligero ruido...

Salvéme con prontitud por el misterioso corredor...

Y sin embargo, no entró persona alguna en el gabinete del baño.

¿Qué iba á ser de aquella desgraciada?

¡Oh consuelo!

Poco á poco, fué recobrando sus sentidos.

Levantóse súbitamente.

Fijó sus ojos en todas partes.

No viendo á nadie, creyó que la habia engañado algun lúgubre ensueño.

Mas la realidad, la terrible realidad no le dejó la menor duda.

En un abrir y cerrar de ojos, la ví vestida.

Sonó la campanilla.

Acudieron sus doncellas.

Y se retiró en su compañia.

Por mi parte, volví á mi aposento.

Habia arrebatado el último favor á Hortensia.

Mas no habia sido feliz.

Las circunstancias que habian acompañado á mi triunfo, habian disminuido mi arrobamiento.

Habian desnaturalizado su dulzura.

Despues del crímen que acababa de cometer, no tenia ya motivo para guardar consideraciones.

Rara vez habia sido víctima de los remordimientos.

En todos tiempos, mi imperioso orgullo habia impuesto silencio al grito de las preocupaciones.

Inclinábame siempre á labrar mi felicidad.

Preferia esto á escuchar las nécias conveniencias que el vulgo se ha prescrito siempre.

Por eso, nunca me he detenido cuando se ha tratado de satisfacer mis gustos ó mis pasiones.

Sin embargo;

Reflexionando sobre lo que acababa de pasar entre Hortensia

y yo, formé el designio de ser por algun tiempo para con ella el amigo mas tierno,

El amante mas sumiso y arrepentido.

Diversas consideraciones me obligaban á adoptar este partido.

No temia, entonces, á ningun ser viviente.

Era dueño absoluto de todo.

Veia doblarse bajo el peso de mi voluntad á los hombres y á las cosas.

Mas sea lo que fuere, queria, á todo precio, ocultar á mi esposa la «casi-violacion» de su hija.

Y aunque el lenguaje del amor;

Y el de la amistad;

Y el del arrepentimiento;

Y todos los necesarios, en fin, para tal asunto, no me eran familiares, adoraba sin embargo á Hortensia.

Y el deleite podia súbitamente inspirarme su ardiente idioma.

Mandé llamar á Savary

—Ponga V. este billete, le dije, en manos de Hortensia.

El billete decia:

«El mas culpable de los hombres, pero al propio tiempo el mas sumiso de los amantes, pide hablar contigo un momento.»

Con gran impaciencia aguardaba la respuesta de mi linda amante.

Ví á Savary que volvia.

Venia corriendo...

Agitadísimo...

Solo me dijo estas palabras:

—«¡Ha partido!»

¡Hortensia habia partido!

—¡Savary!

—¡Señor!

—¡Caballos!

—¡Al momento!

—Al instante, y á escape tras ella.

—¡A toda prisa!

—¡Vamos!

En efecto, en Verviers alcanzamos á la fujitiva deidad.

Ví un coche en la plaza.

Precipitéme á la portezuela;

Y le dije:

—¡Señora! ¡tenga V. de si propia, piedad!

—¿De mí?

—¡Sí, por cierto!

—¡Cómo!

—¡Más que de mi mismo!

—Mas yo...

—Apéese V. en el primer meson que se encuentre...

—No debo...

—Deseo conferenciar con V.

Hablábala conmovidísimo en estremo.

Asi es que no rehusó mi demanda.

Por otra parte, yo tampoco hubiera consentido en su negativa, apesar de los pesares.

Mandamos, pues, parar el coche delante de una posada.

Entramos en ella.

Allí, nos retiramos Hortensia y yo, á un cuarto separado.

¡Y cuán embarazados no quedamos ambos para comenzar un diálogo, dificil en estremo!

Ella tuvo, sin embargo, fuerzas para romper el silencio.

Su rostro era valeroso...

¡En sus miradas brillaba la audacia más intrépida!

—Bonaparte, me dijo, «un crímen horroroso» me ha puesto en brazos de V.

Este crímen, lo conozco, es un pasatiempo para el emperador...

—No...

—¡Oh, si, si! ¡Penetro, hasta el fondo, el corazon de V.

—Puedo jurar...

—Déjeme V. acabar.

—Continúe.

—¡De dia, de noche; en el gabinete, en el consejo, y en el campo de batalla, no agita el corazon de V. más que un solo pensamiento!

—¿Y es?...

—«¡Cumplase mi voluntad!»

—¡Hortensia!

—¡Así es. Ni mas, ni menos!

—Pero...

—Y hé aquí una máxima que será siempre la de V.

¿Qué importan las víctimas, cuya sangre, y cuyas lágrimas hará derramar?

Ya ve V., sin embargo, que le conozco perfectamente.

Inútil es ya que riegue con llanto mi infortunio.

Agotaria su manantial antes de mover á compasion ese endurecido pecho.

El rocio cae sobre el bronce.

Lo baña, y no lo ablanda...

Pues bien;

En medio de mi desventura, me consuelo humanamente.

Digo, entre mí:

Soy una simple unidad, añadida á los millones de víctimas, que de todas las clases siega Bonaparte en el globo.

¿Está V. satisfecho?

¿No exije V. más de la desgraciada que no ha podido sustraerse al ímpetu de los deseos de V.?

—Yo...

—Dígame V., se lo ruego, lo siguiente:

—«¡Te hé violado; pero vive ya en paz; de hoy en adelante no volveré á perseguirte!»

Sí, emperador, estas palabras son horrorosas...

¡Y, no obstante tambien, por otra parte, encierran un consuelo!

¡Pronúncielas V.!

¡Apiádese de aquella que inocentemente ha conseguido hacerle á V. culpable!

¡Haga V. que hiera á mis oidos y á mi corazon, esa frase, que logrará darme un momento de reposo!

¡Lo olvidaré todo!

Lo perdonaré todo.

¡No aborreceré á V.!

Cuando uno no puede destruir las razones del contrario, callar es, seguramente, lo más acertado.

Lo que acababa de decirme Hortensia podia irritarme y enternecerme.

Acostumbrado á respirar el aura de la grandeza, me parecia humillante figurar en una contienda doméstica.

Hortensia me habia definido con exaltitud.

Era necesario alucinarla.

Y me dije:

—¡Sea yo dueño de mí mismo, como lo soy del universo!

Apesar del poder que tengo;

Apesar del temor que inspiro...

Nadie me ha dicho aún:

—¡Te amo!

¿Nadie?

Me equivoco.

Eugenia Mello fué mi amante verdadera.

Así pues:

¡Hortensia! ¡Contigo no seré Bonaparte!

¡Seré un amante dulce, sensible y tierno!

Ya sabes que estoy cansado de no parecerme á los otros hombres.

¡Pues bien!

¡Me consagraré por entero á conmover tu sensibilidad!

Todos estos diversos sentimientos me habian agitado, mientras hablaba mi encantadora Hortensia.

La energía de sus palabras me convenció de que era necesario sér mas que hombre para responderle.

Raciocinios muy exactos me hubieran perdido.

Un estilo ardiente me salvó.

El laconismo de:

«Vine ví y vencí»

me hubiera ahorrado algunos sofismas;

Pero no podia sér tan breve.

Por presicion debia entrar en algunos detalles.

—Hortensia, le dije.

—¿Y bien? ¿qué me contestais?

—¿Dios puede dejar de existir?

—¡Nó!

—Pues bien, del mismo modo...

—¿Qué?

—Del mismo modo no puedo yo dejar de ser tu amante.

Tal vez tengas razon...

—Oh, sí!

—Pero mi pecho y el cetro del mundo, me dicen que no he obrado mal!

—¡Ah!

—Mujer querida, más graciosa, más amable que la misma hermosura en tí personificada, te adoro, te idolatro...

—¡Napoleon!

—¡Quiero que seas mia!

—¡Oh!...

—Te he poseido...

—Sí, pero...

—¡Te poseeré siempre, sí, siempre!!

¡Hortensia, amiga mia, hija tierna y sensible, no claves el puñal en el pecho de tu madre!

—Mas yo...

—No me obligues á mover un escándalo...

—¡Ay, Napoleon!

—¡Ocultémosle nuestras caricias!

Te ruego aun más..

—¿Qué?

—¡Ocúltale tus lágrimas!

—¡Ay!

—Sí, querida Hortensia...

—¡Ah, emperador!

—¡Que el llanto no bañe ya tus megillas!

Te cubriré con mi esplendente aureola.

¡Te daré una corona de cada sólio que levante!

Escucha, Hortensia, solo á tí lo confio.

Allí donde Dios principia, és únicamente donde acaba mi poder.

Penetra en mi corazon.

Pesa mi poder y mi amor.

Calcula los pesares que puedes evitar á tu tierna madre.

¡Y despues de esto, díme si debes ó no, ceder á mis deseos, á mi ardor inestinguible!»

Hortensia Beauharnais tenia mucho talento.

No tardó en manifestarlo. Y dijo:

—No cederia nunca, si me quedase recurso para no ceder.

Napoleon, imitaré á las potencias que destruyes.

¡Cedo!!

¡Soy tu amada, puesto que no me resta otro arbitrio!

—¡Hortensia mi amada!

—¡Sí!!

—¡Hortensia consintiendo en serlo!

—¡Emperador, estoy á tus plantas!

Esta no es una frase vana, nó!

Desnuda por un momento tu rodilla...

¡Quiero besarla en señal de homénage!

¡Hortensia, en efecto estaba ardiendo!

Estrechéla suavemente contra mi corazon enamorado...

La impelí despues hácia un modesto lecho que allí habia...

Lecho, que apesar de su pobreza, se convirtió en trono de la que habia de ser reina de Holanda.

¡Universo!

¿Qué perjuicios te causó mi placer?